

OLVIDAR

(En el centro del escenario una caja llena de todos los recuerdos del pasado. Flanqueando la caja, una fotografía que será recortada y llevada al otro lateral donde hay una butaca que simboliza la persona que olvidó, que dejó de recordar)

¿Qué ocurre cuando nuestra mente decide olvidar? Cuando ese espacio insignificante que no cultivamos llamado recuerdo, se desvanece, se va, nos abandona, desaparece...

Cuando somos pequeños todo es tan maravilloso, todo se hace nuevo: el primer juguete. Recuerdo esa cocinita enorme que me trajeron los reyes aquel año. Cómo disfrutaba jugando con ella. Realmente mi recuerdo es solo algo visual, vago porque olvidé su olor, olvidé la cara de mi madre al verme jugar con ella, olvidé lo que sentí en el momento de verla. Olvidé porque nuestra mente es selectiva, olvidé porque en mí no había hueco para ese recuerdo porque ese recuerdo no era importante y ahora, ahora en este momento se me hace vital poder recordar. Se me hace crucial el volver a recordar la cara de mi madre mirándome, supongo que admirada y maravillada por mi reacción. Se me hace inevitable que ahora ese momento habite en mí porque ahora sé, porque ahora entiendo que somos tan insignificantes que no podemos con nada aunque nos creamos todo.

Su mirada al horizonte, su cabeza cabizbaja llena de ensoñaciones que ni siquiera era capaz de ubicar en un momento y en un espacio. Comía presurosamente las galletas que le llevaba.

¡Cuántas veces me repitió lo afortunada que era! En mi época, decía, comíamos pan duro y era como comer el mejor dulce que hoy tú tengas a tu alcance. Y entonces yo reía y decía: pero mira que eres exagerado, es solo una galleta, nada más. Ahora esas galletas que para mí entonces eran insignificantes, provocan en su gesto cierto amago de felicidad. Quizá se acuerde de mí, quizá al saborearla vuelva a saborear esos momentos, esos espacios olvidados. Me miraba e incluso me acariciaba con cariño. Después apartaba su mirada con vehemencia y me preguntaba mi nombre. Y entonces ahí empezaba de nuevo el periplo, ese camino lleno de conversaciones superfluas que no podían traerlo de nuevo a mí. Iba y venía, me besaba y me esquivaba.

Cuando me perdía con él en su mundo de no recuerdos, entendía que nos empeñamos en la perdurabilidad de todo lo que nos acontece: para toda la vida, esto será para toda la vida. Y entonces, justo entonces, cuando vi una lágrima caer de sus ojos, entendí que lo único perdurable en el tiempo es el recuerdo. Si recordamos volvemos a traer a nuestro presente por lo tanto el olvido es una forma de restar vida a la vida.

-¡Niña, niña! ¿Dónde está tu madre? Ese día entendí por qué no recordaba. Quizás él mismo así lo quería, él decidió dejarse vencer por la vida aquel instante en el que comprendió que ya nunca caminaría de la mano de esa mujer de la que siempre habló poco porque su recuerdo se le hacía insoportable, porque su rememoración iba acompañada de los olores, de los sabores, de los momentos. Él tomó todos esos recuerdos y los encerró para sí mismo, se escudó en su dolor y dejó pasar el tiempo. Pero puedo cuestionar lo que hizo, ¿podemos hacerlo? Estamos constantemente aconsejando a los que no rodean sobre lo que deben hacer: olvídate de él/ella y no sufrirás, lo mejor es que no os veáis más, mira si no te entiende, olvídate de él... Olvidar, olvidar, olvidar.... Nuestra vida consiste en un olvido continuo de momentos que han formado parte de nosotros, que nos ha configurado en lo que somos y que nos han proporcionado una felicidad efímera, pero felicidad instantánea e intensa.

Yo nunca quise olvidar, sabía que hacerlo era borrar de un plumazo una parte de lo que fui entonces y de lo que ahora ya no soy porque esos recuerdos, esos instantes me hicieron evolucionar o involucionar, ¡da igual! , lo importante es que me hicieron ser. Ser lo que soy o lo que quiero, incomprendida, cuestionada, limitada por esta sociedad exigente. Pero y ¿quién no lo está? Quién es aquel/aquella que puede gritar a los cuatro vientos que está libre de prejuicios, esos prejuicios implantados e interiorizados en todos. ¡Cuánto tiempo dedicamos a ser lo que otros quieren que seamos!

Esa tarde estaba muy ansioso, estaba nervioso y no sabía qué podía estar pasando en su mundo. Me inquietaba tanto el no poder ayudarlo, de poder entrar en su enrevesado mundo. Entonces me acordé de una canción que siempre escuchaba en su pequeña radio desvencijada por el paso del tiempo. Era una canción que no entendía, la letra me parecía repetitiva e incluso absurda, con el paso del tiempo entendí que su letra formaba parte de él, de su historia. << Como yo te amo...>> decía la canción y siempre lo veía tararearla con cariño. Entonces, a pesar de mi mala entonación, empecé a tararearla bajito, cerca de él y de repente sus pequeños y rasgados ojos me miraron de soslayo,

seguro que no me buscaban a mí pero recorría con su mirada ida esas pequeñas notas mal entonadas que yo le dedicaba. Una vez más estaba conmigo o con sus recuerdos, quién sabe.

Nuestro último viaje a ninguna parte transcurrió lento, sin alteraciones. Sus miradas estaban vacías, ya no quedaba nada de él. Se apagó el único resquicio de recuerdo, se fugaron los olores y se apagaron sus sensaciones. Ni las galletas, ni los olores, ni la música ya no quedaban nada en él que pudiera hacer reconocer mi presencia. Aún así lo besé con fuerza, le tome la mano y se la acaricié, se la acaricié como él solía hacerlo conmigo. Cosquilleé las palmas de sus manos, pero ya no se estremecía ya no era él solo era un cuerpo con vida mecánica y sin vida emocional. Lo visité cada tarde reproduciendo cada movimiento ejecutado hasta entonces. Le contaba su historia, nuestra historia. La historia de esa niña que lo abrazaba con ternura, le acariciaba su cabeza despejada por el paso del tiempo y le preparaba esos tentempiés que tanto les gustaba. Le contaba cómo se enfadaba cuando dejábamos correr el agua de esas griferías roñosas que él reparaba con cariño, cuando no comíamos aprovechando cada trozo de comida. ¡Cómo se nota que no habéis pasado necesidad! Decía siempre. Porque él sí que supo lo que era el trabajo, la necesidad. Vivió una guerra que no entendía, trabajó con sus manos para crear los cimientos de su hogar y con esas manos debilitadas por los achaques de la edad, cuidó de sus hijos y de sus nietos sin mostrar nunca ninguna actitud quejosa al respecto. Le recordaba sus paseos vespertinos por la orilla de la playa, sus juegos al dominó, le recordaba lo que yo podía recordar.

¿Podemos olvidar entonces? Claro que podemos, la cuestión es si debemos. Si debemos olvidar las sensaciones, los recuerdos, los olores... Olvidar puede ser la solución para mermar el dolor y recordar el hábito para vivir.